

LA SOLUCIÓN.

PERIÓDICO FILOSÓFICO Y DOCTRINAL.

SALE CADA QUINCE DÍAS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	PRECIOS DE VENTA.
En Gerona, trimestre. . . 3 reales.	Cada número.. . . . 4 cuart
Fuera de Gerona. . . . 4 »	Números atrasados.. . 6 »
Cuba y Puerto Rico. . . . 8 »	
Extranjero. 10 »	

Redacción y Administración, Plaza de Bell-lloch, núm. 4, Gerona, en donde se recibirán la correspondencia y pedidos.

EL JESUITA MARTORELL.

A la hora en que escribimos estas líneas, no sabemos haya objetado el P. Martorell ninguno de los argumentos que dejamos apuntados en el anterior artículo; pero nosotros continuaremos nuestra tarea, por considerarlo de utilidad general, cumpliendo á la par con nuestro deber.

Tuvimos, por cierto, el gusto de escuchar las peroratas del Jesuita Martorell, en las que escogió el tema de *la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad*, coronando el edificio con las *persecuciones de que ha sido víctima la Iglesia católica desde que fué establecida por Jesu-eristo-Dios*.

Con sus argumentos en apoyo de la «Santa Iglesia» no ha dejado hueso sano á la *Masonería*, al *Protestantismo* y *Espiritismo*, compendiándolos con las palabras de *El espíritu moderno*.

Nuestro propósito es comparar sus argumentos con los del espíritu moderno, advirtiendo de paso que no nos dejaremos llevar por la pasión; muy al contrario, seremos parcós para demostrar una vez más nuestra pureza de principios y lo poco que nos gusta hacer sonrojar á nuestros adversarios al dar á luz nuestras consideraciones.

Entremos de lleno á examinar «la unidad» de la Iglesia católica. Se necesita ser miope para no ver en las circunstancias actuales el espíritu de intransigencia y división que en ella existe entre los dos partidos que se distinguen con los magníficos epítetos de *cimarrones* y *mestizos*. No es que la Iglesia pueda culpar al espíritu moderno su división, nó. Ha habido tiempo en que el mundo católico ha tenido que presenciar el cisma entre un enjambre de papas que se disputaban el de-



recho de primogenitura de la silla pontifical, ora se escomulgaban unos á otros, ora compraban por dinero el derecho, dando con semejante conducta el mentis más solemne á su cacareada Santa institución.

Se nos tachará de enemigos de la religión católica, porque de no serlo no transcribiríamos los hechos históricos. Nó somos enemigos de ella; somos tan sólo partidarios de la verdad, y como el P. Martorell quiere hacer tragar la píldora á los incautos, pintando tan sólo lo que le interesa y dejando aparte lo más necesario para que no se rasgue la túpida venda que cubre á los miopes de razón; de aquí, que la necesidad nos ha obligado á que declaremos «de pura conveniencia» sus proposiciones hasta tanto no se discutan.

Creemos vale la pena de fijar un poco la atención en los problemas de la vida, así como en las religiones porque á todos interesa el conocer la verdad; hasta tanto no sepamos quien vive en el error, si el Jesuita Martorell, ó el espiritismo, le negaremos «la unidad» como lo demás que se ocupó en sus peroraciones.

No se canse en afirmar que en la Iglesia católica reina la unidad: tiene hoy como túvo ayer cismas entre sus adeptos; unos creen que con la ciencia puede naber catolicismo y otros lo contrario; unos creen que á todo trance debe trabajarse para que triunfe su ideal aunque tenga que emplearse la guerra; otros lo contrario. Testimonio la última guerra civil.

La Santidad de la Iglesia católica es uno de los dogmas más orgullosos que encierra su ortodoxia, puesto que hoy, por lo que dice la historia, se pone en tela de juicio Su Santidad.

Dice el P. Martorell que «la Iglesia católica tiene un sin número de Santos y que su canonización fué debida á sus virtudes morales.»

No queremos analizar la palabra Santidad, pero nos detendremos un momento en «las virtudes morales» de los mismos.

La moral tiene en la mano el primer anillo de la cadena de todas las ciencias. Puede el hombre poseer, atendidas las circunstancias planetarias, una parte infinitesimal de esa ciencia, pero nunca la obtendrá para arrogarse el dictado de Santo. Para ello nos basta fijar nuestra atención en lo que alcanza el hombre con toda su orgullosa ciencia: recordemos las palabras de Sócrates cuando dijo *que lo ignoraba todo*. La ignorancia es el peso más enorme que ha encontrado la ciencia; de la ignorancia al fanatismo no hay más que un paso; este paso lo ha hecho dar la Iglesia católica para los fines que ella sabe, pero que nosotros no desconocemos.

No estaremos convencidos de Su Santidad hasta tanto no nos conteste quien puede, ya que parece se calla el P. Martorell, las preguntas siguientes:

¿Sin temor de equivocarse se puede apropiarse la Iglesia católica el dictado de Santidad? ¿Los santos de la Iglesia católica, se distinguieron por la pureza de sus costumbres?

Esperamos nos conteste el P. Martorell.—(Se continuará).

EXCEPTICISMO.



III.

Si el cristianismo, marchando al compás del siglo, hubiese tenido la suficiente abnegación para despojarse de todos sus absurdos, concretándose solamente á la predicación de la moral; si haciendo completa abstracción de sus intereses materiales, hubiese procurado la unificación de la humanidad, dividida y perturbada hoy por tan hondas difereucias, no se viera en la lamentable situación que en el día se encuentra; antes al contrario, mirado como luminoso faro ó como punto de refugio, sería universalmente querido y respetado.

La tenacidad con que se aferra al pasado, será la causa de su ruina. De esta obcecación, de esta persistencia en querer cerrar los ojos á las conquistas modernas, y á los adelantos del alma, se aprovecha la incredulidad, dirigiéndole uno trás otro golpes certeros y terribles que concluirán por aniquilarlo.

El materialismo ha sido un gran bién para la sociedad; pero también ha causado un gran mal. Esta filosofía se ha ocupado únicamente en demostrar de un modo palpable los absurdos de que se hallaban saturadas las religiones positivas matando las antiguas creencias; pero no ha creado nada, absolutamente nada. Su piqueta demoledora ha enseñado que el Dios presentado por las religiones era demasiado incompleto para ser verdadero, demasiado humano para ser divino, y puesto que el hombre no había sabido encontrar la divinidad á pesar de todos sus esfuerzos, tal divinidad no existía ni podía existir más que dentro la conveniencia de ciertas clases que á su sombra se procuraban un modo desahogado de vivir y medrar á costa ajena. Negando á Dios y concediéndolo todo á la materia se ha visto precisada á buscar dentro de los elementos materiales el origen de las cosas, origen que no ha podido encontrar, que no encontrará nunca, porque no está allí.

Debemos agradecerle como bién el haber logrado que la humanidad, apartándose de sus rutinarias creencias, se fijara en los problemas religiosos, indiscutibles hasta entonces por no haber querido tomarse la molestia de estudiarlos y analizarlos; en enseñar á los espíritus sencillos y pusilánimes que aquel Dios colérico y vengativo no podía ni tenía razón de ser, porque estaba en contradicción abierta con la esencia misma que constituía su absoluta perfección, y ese error demostrado puesto al lado de la conducta poco edificante de los que se dicen sus representantes; venía muy á propósito para hacer entrar en el hombre la duda de si Dios es una verdad ó una ficción, pues los que de exterioridades se pagan, se preguntan muy bién, cómo es que los actos de sus ministros se hallan ser tan opuestos á las prescripciones del Ser Supremo, cuando ellos por razón de su mismo ministerio son los que deben estar mejor enterados de la realidad ó no de su existencia.

Era de todo punto preciso que se llevara al racionalismo á ese terreno

á fin de hacer caer por su misma base la equivocada idea que se tenía de Dios, pero para ser el trabajo fructífero y bueno, había también necesidad indispensable de crear al lado de esta destrucción, otra idea que armonizara con mayor exactitud la verdad divina con las tendencias y adelantos de la humanidad. En no hacerlo así estriba el mal que el materialismo ha hecho á la sociedad. La existencia de Dios no es solo una realidad de la vida, si que también el dique opuesto á las pasiones humanas. Sin Dios no hay alma; sin alma no existe vida ulterior á la presente; y sin vida la responsabilidad moral de nuestros actos se anula por completo. Con mucha propiedad, dijo Voltaire, que si Dios no existiese sería preciso inventarlo. Dios sociológicamente considerado es una imperiosa necesidad. Tendencias y acciones hay no previstas por los códigos y que sin embargo de estar dentro la legalidad constituyen un crimen. El hombre, siendo material todo cuanto le rodea, se halla predispuesto por su mismo temperamento á procurarse todo género de satisfacciones y goces dentro la materia; satisfacciones que se encuentran cohibidas en su mayor parte por la responsabilidad que le afecta. Dios y la solidaridad de nuestros actos es un freno que tascamos apesar nuestro, y en tal estado es muy natural que acojamos con placer todo cuanto tienda á probarnos que tal freno no existe más que en la aberración de nuestros sentidos. Los campeones del materialismo, son en su mayoría hombres á quienes asusta la idea de Dios, y los restantes, cansados de buscar dentro de las religiones positivas sin encontrarlo, han concluido por cerrar los ojos á toda investigación y negar su existencia, porque hallan más cómodo el sistema de engañarse á sí mismos.

El materialismo, destruyéndolo todo y no creando nada, ha hecho nacer ese terrible positivismo que corroe las modernas sociedades, y que concluiría por apoderarse completamente de ellas para aniquilarlas si desgraciadamente faltasen escuelas deistas para recordarles de cuando en cuando que su filosofía no es más que la confesión de su insuficiencia.

Efectivamente, esa negación de lo divino es una implícita demostración de despecho, nacida de la imposibilidad que tiene el hombre para encontrar la causa primordial, al mismo tiempo que un argumento cómodo que justifique á sus ojos muchos de los actos que comete. La existencia de una vida futura y la responsabilidad de nuestras acciones, es de demasiada importancia para que se acepte de buenas á primeras, porque su afirmación nos obligaría forzosamente á reprimir una gran parte de los caprichos que la vista de los goces materiales nos hace concebir. Siendo Dios un estorbo para las pasiones es necesario suprimirlo, pues entre aquél y éstas la elección no es dudosa, si á los resultados visibles queremos atemperarnos.

Tales son las flores con que el materialismo ha dotado al alma. Ha hecho bién en despojarla de las que antes la envolvían, pues por rancias y caducas, eran impotentes para producir aroma de ninguna especie; pero en lugar de sustituirlas por otras flores, jóvenes, vigorosas y fragantes que pudieran satisfacer sus necesidades de divinidad, ha cuidado

de una manera solícita y pertinaz en rodearla de la aridez del desierto, dejándola entrever ante sus asombradas miradas la soledad del vacío.

Con mucha razón podemos preguntar á esta escuela: ¿qué has hecho del alma? ¿por qué en lugar de vivificarla y hacerla salir resplandeciente y pura de los errores y supersticiones en que la habían sumido las religiones de la tierra, te empeñas en destruirla y anonadarla pretendiendo arrancar una á una sus más preciadas esperanzas?

Se comprendería ese afán si el materialismo pudiera darle la exactitud, esa verdad que tan anhelosamente buscamos. Pero es impotente para ello, porque todas sus versiones se revuelven en un caos de confusión y dudas; innumerables y temerarios problemas que quedan siempre pendientes de resolución por no tener conocidos los términos necesarios que pueden conducirle á despejar la incógnita.

La inteligencia humana, concretando sus esperanzas y sus deseos, únicamente al elemento en que vive, se encierra ella misma dentro un reducido círculo incapáz siempre de satisfacer por completo todas sus aspiraciones. Es necesario que al paso que estudia la realidad de la vida, se engolfe también en ese algo para ella desconocido pero sentido, cuyos efectos palpa sin ver, cuyos resultados adivina sin explicar porque carece de términos hábiles para darse exacta cuenta de ello.

(*Se continuará.*)

JOAQUIN VIDAL.

Accedemos con gusto á los ruegos de «La Junta del Congreso Femenino de Palma», dando cabida á la circular que nos ha sido remitida con dicho objeto; congratulándonos de que con tal idea salga la mujer del período de inanición y empiece un trabajo útil para la sociedad en general y á ella en particular, á la par que se honra y así como á la Nación que cobija en su seno espíritus tan amantes de la ilustración.

Hé aquí su contenido:

JUNTA DE SEÑORAS

organizadora del Congreso femenino nacional.

CIRCULAR.

En armonía con la cultura de cada época y de cada pueblo ha variado el concepto de la mujer, pudiendo como hecho lógico deducirse que, á medida que la fuerza intelectual del hombre se ha ido desplegando y á medida que, por consecuencia ineludible se han dado pasos mas firmes en la senda del progreso, la mujer ha visto ensanchar sus horizontes y ha logrado un puesto, que hubiera parecido un sueño para los hombres primitivos. Máquina ayer de trabajo y de placeres, colocada en último término y apareciendo en escena segun las necesidades ó caprichos del más fuerte, hoy, tras larga y dolorosa peregrinación, ha llegado á ser casi la compañera del hombre y no decimos compañera, aceptando una frase que anda en boca de todos, porque aun es el territorio adquirido por conquista á

quien va concediendo lenta y paulatinamente y con notoria tibieza, derechos, que solo se le niegan porque el dominador no siente todavía esos generosos impulsos, que á la igualdad conducen.

Ser compañeros revela igualdad de condiciones y mal puede llamarse así aquel que solo ejercita lo que buena ó malamente lo concede el más fuerte y eso que éste compañero tan mezquinamente recompensado es la madre, la esposa, la hermana, la hija, es decir, el sér á quien privada y públicamente, por el bién parecer ó sintiéndolo se tributan en nuestros días las mayores pruebas de ternura y de respeto.

A primera vista es inconcebible este deslinde que el hombre hace: por un lado merma cuanto puede la nivelación de condiciones porque él supone valer más; por otro dispensa á la mujer toda protección y ayuda. ¿Por qué esta diferencia? Cuando el hombre piensa, la mujer no pasa de la categoría de un auxiliar poco apto, á quien no puede confiarse el más liviano asunto. Cuando el hombre siente, cuando se abandona á sus propios impulsos, la mujer sube de talla y en su exagerado sentimentalismo llega á doblar la rodilla ante los altares que en su honor levanta. Lo primero es un egoísmo; lo segundo sería ridícula humillación si no valiese tanto la otra mitad del linaje humano. En todo caso, en uno y otro extremo hay seguramente exageración: La mujer no es un auxiliar ni una diosa: es sencillamente el complemento y con frecuencia el corrector y á veces hasta el director del hombre.

Dado el poderío intelectual de nuestro tiempo y dada la tendencia niveladora que caracteriza nuestro siglo, exento de las vanas preocupaciones que pasaron, maravilla la conducta del hombre y afirmaríamos que es ilógica y absurda si no tuviese una doble razón de ser; de un lado la fuerza de la costumbre, que viene pasando de generación en generación, como se trasmiten otros errores y otras verdades aquí representados por la idea que casi universalmente se acepta y que se espresa con la equivocada frase de *el sexo débil*; de otro la creencia casi generalísima de que en la mujer todo es ternura, todo delicadeza, todo lágrimas, todo suspiros y se ha hecho solo para el trabajo y evolución de las pasiones y de los sentimientos, deduciéndose de ello que si se la cambia de condición ó se perdería el tiempo ó se espondría la sociedad actual á una profunda y abrumadora revolución, cuyo final, si alguien lo prevee, sería volver atrás despues de graves cataclismos.

Pensando así el hombre hay que convenir en que, en apariencia tiene razón; más examinando el asunto es probable que no la tenga y así lo consideramos.

La razón de la costumbre podrá ser un hecho de esos que se imponen por la fuerza del hábito, pero no es una razón. Aunque lo fuese, como todas las manifestaciones sociales está sujeta á revisión. Ocioso sería ir exponiendo la inagotable série de excepciones loables que ofrece la historia de la mujer, excepciones que son la protesta continua de la condición en que se la tiene y excepciones que son tanto más dignas de tomarse en cuenta cuanto que se han desarrollado á pesar de que el hom-

bre ha acaparado siempre los medios de educación y de progreso que á la mujer negara.

Equivocada es también la idea de que la mujer es más sensibilidad que inteligencia: equivocada por lo que hoy sabemos: equivocada por lo que puede hacerse. Nadie osaría afirmar que en todas las épocas pasadas y en la presente sin excepción alguna la mujer ha sido y es así, abundando los testimonios en contra y sería una temeridad inconcebible decir que ya no aparecerán más esos ejemplos que contrarían la tésis.

Deseando no incurrir en exageraciones, no tenemos inconveniente en conceder desde ahora que por regla general, no absoluta, la mujer sea más sensible que inteligente. Colocadas en este terreno que nadie podrá repugnar, nuestra tarea es sencillísima. Siendo la mujer más sensible que inteligente y valiendo más la inteligencia que la sensibilidad se ocurre á cualquiera que es de conciencia, que es preciso, educar la inteligencia de la mujer pues valdrá más cuanto más piense y sepa. No pretendemos que la mujer sea la fuente de la sabiduría y si lo fuese nada perdería la sociedad en ello. Caminamos hacia el progreso; la vía es difícil y no bastan los operarios para allanarla; hasta por egoísmo al hombre le conviene ayudarnos. Pero queremos y con nosotras todos los que desean el bien, que nuestras facultades se eduquen: las afectivas para que la mujer huya del camino del vicio en donde hay lodazales que de rechazo van al hombre: las intelectuales para que sepamos manejar nuestros sentimientos, indómitos ordinariamente, para que practiquemos con más conocimiento nuestros deberes y para que brille siempre en nuestra frente la luz de la verdad, hermana gemela de la pureza de los actos. La desnivelación que se nota en las manifestaciones psíquicas de nuestro sexo que se traducen al exterior por esa inmensa escala de caprichos que va desde las grandes pasiones hasta las ropas y afeites con que se adorna debe desaparecer ó ha de suavizarse mucho la pendiente.

El hombre educa á otros seres y hasta á las plantas con más esmero y solicitud que á la mujer. Con esto ha probado que puede cambiar condiciones y hora es que se acuerde de educar á la que ha de ser madre, cargo importantísimo, á la esposa y aun hasta á la joven abandonada y sola, que si más supiera no se vería llevada á las puertas de la prostitución á que muchas veces llega por la circunstancia de vivir en una sociedad que no le concede todo lo necesario para existir pura é independiente.

En frente de estos hechos no hay argumento posible; más consideremos la cuestión bajo otro punto de vista.

¿La mujer es susceptible de una mayor educación que la que actualmente posee? Sin vacilar se ha de contestar afirmativamente. La ciencia ha dado fallo en este asunto y con irrecusables pruebas ha demostrado que la mujer tiene aptitudes cultivables á poco esfuerzo, con bastante menos que el necesario para muchos hombres.

Todo arguye en pro de la educación de la mujer y á este fin dejando á un lado injustificadas apatías en presencia del egoísmo absurdo de

parte del otro sexo, recogemos poderes que pertenecen al nuestro y en su nombre levantamos la bandera que ha de servir para mantener vivo el entusiasmo en obsequio de la más noble, de la más humanitaria, de la más justa de las empresas: la regeneración de la mujer mediante su educación é instrucción, con cuyo lema queremos dar á entender que no nos satisfacen los procedimientos actuales, todavía reminiscencias de aquellas épocas en que se nos negaba el pan y la sal, viéndose un peligro grave en el mero hecho de que aprendiéramos á leer y escribir.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

CEMENTERIOS.—En el número anterior llamábamos la atención del señor Gobernador sobre la Real orden que dispone la construcción de cementerios neutrales, esperando de su celo diese las órdenes oportunas para el inmediato cumplimiento, á fin de que no sucedan en los pueblos los escándalos que con tanta frecuencia se repiten, movidos por la intransigencia de los clericales.

Sabemos que el Ayuntamiento de esta ciudad ha acordado poner en práctica aquella disposición, destinando una parte del terreno del que hoy existe, para cementerio neutro, donde puedan enterrarse los cadáveres de los que no pertenezcan á la comunión católica.

Rogamos al señor Alcalde dé la mayor actividad en este servicio, haciendo que desde luego comiencen á ejecutarse las obras necesarias.

La Junta Directiva del Ateneo científico de Cornudella, ha tenido la galantería de remitirnos las dos conferencias dadas por unos de sus socios Dr. D. Joaquín Ferrandis y Piñol que versan sobre «La Creación» y «La Civilización».

Es digno de elogio el trabajo científico del Dr. Ferrandis, considerándolo de utilidad para el humano el que se forme cargo de lo adelantado de la civilización moderna, á la par que con el primero se puede formar una idea del «Génesis» de la tierra.

La culta villa de Cornudella puede estar orgullosa de contar entre sus moradores un campeón tan decidido del libre pensamiento y en consecuencia del progreso.

Copiamos del «Reformador».—Brasil, Mayo 15 de 1883.—En San Francisco de California (Estados-Unidos) en la noche del 7 de Enero del corriente año, el Reverendo Pastor J. S. Kalloch de la congregación Baptista que tiene su sede en el Templo Metropolitano, reveló en una plática que hizo á los fieles, que su creencia en la inmortalidad del alma se había tornado en una convicción científica despues de sus estudios é investigaciones Espíritas.

Prometiô en la misma ocasión que muy pronto se ocupará en la tribuna de desenvolver el tema: «El Espiritismo moderno».

Traslado al JESUITA P. MARTORELL.